

PERPETUIDAD

DE LAS IMÁGENES-RECUERDOS

SUMARIO: Casos interesantes de sonambulismo.—Asombrosa memoria de los hipnotizados.—La escritura automática.—El sueño clorofórmico, el éter, el alcohol, el opio, el delirio, agentes rememorativos.—Los fenómenos subconscientes, prueba pasmosa de la conservación de los recuerdos.—Una aventura hipnótica.—¿Espíritus o memoria?—La cristalomancia, el cumberlandismo y otras supercherías.

El SONAMBULISMO NATURAL podemos decir que no es más que un *sueño realizado*, por donde no es maravilla que encontremos en él la notable reviviscencia de los fenómenos psíquicos que hemos observado en el sueño ordinario. En gracia de la brevedad citaremos sólo dos casos. El primero nos lo refiere el P. Juan Eusebio Nieremberg (1) en su *Curiosa filosofía* (2), cuyas palabras textuales me permitirá el lector que ponga aquí, ya por constituir un testimonio poco conocido, ya por tratarse de uno de nuestros clásicos, aunque de segundo orden. «Vi seis noches, siempre con mayor admiración, a un hermano estudiante de nuestra religión, de excelente ingenio, cultivado con igual erudición, que dió en hablar de noche durmiendo, no entre dientes, ni desbaratadamente, sino con más concierto e ingenio que otros de grandes talentos pudieran hablar, después de muy pensado, en acciones públicas. Solía durar tres y cuatro horas, y aun más, con grande energía y acciones de manos. En este tiempo alguna buena parte predicaba conceptos muy agudos y seguidos, con mucha moralidad, de la misma manera en acciones y tono como si estuviera en un púlpito; otro gran rato disputaba y declaraba algunos puntos de Teología, con grande comprensión y claridad, resolviéndolos con todos sus fundamentos, añadiendo algunas nuevas observaciones en las controversias más dificultosas, como *de auxilios*, del *decreto*

(1) Sabio polígrafo Jesuíta del siglo xvii (1590-1655). Escribió en latín y castellano más de 60 obras, algunas de ellas traducidas aun al árabe.

(2) Lib. II. cap. XXV.

de Dios, de elección a la gloria. Otro tiempo gastaba en letras humanas y de varia erudición, diciendo a veces libros enteros de Virgilio y otros poetas, así latinos como españoles; todo era selecto lo que decía, con acertada censura de los autores que citaba, nombrando el libro y capítulo donde estaban las cosas que decía más singulares, y si erraba se corregía; después echaba de repente algunos versos, porque era muy buen poeta: alguna vez solía no tan presto ofrecérsele el consonante, y paraba hasta que ocurriese. El ser de repente se echaba de ver, fuera de que decía primero que quería echar de repente, en que los asuntos eran tales, que no podían haberse hecho los versos con tener facilísima memoria. Yo confieso que iba a oírle por aprender de él muchas curiosidades. Sé de otros que ya no les llevaba la curiosidad, sino la erudición escogida que allí oían.»

Una lectura tan copiosa y una memoria tan fiel le parece al Padre Nieremberg *un prodigio*; pero muy más prodigioso sin comparación es el otro caso en el que se muestra espléndidamente la asombrosa hiperactividad de la memoria sonambúlica. Un seminarista de Burdeos, que padecía frecuentes accesos sonambúlicos, se levantaba por la noche, tomaba papel y pluma, y, *en plena oscuridad*, se ponía a componer más o menos acabados sermones. Hasta aquí nada de extraordinario: las imágenes táctiles y anestésicas de escritura podían bastarle para dirigir su pluma en medio de las tinieblas; sin contar que estas mismas imágenes podían provocar (como probablemente lo harían) la alucinación visual de los signos de la escritura. Lo notable es que, escrito el sermón, lo releía, siempre a oscuras, y hacía las oportunas correcciones. ¿Cómo podía leer ahora faltándole ya el apoyo de las imágenes cinestésicas? No se puede contestar fácilmente si no es admitiendo que recordaba todas y cada una de las palabras y el sitio donde estaban escritas, y que las imágenes visuales internas de estas palabras producían la alucinación necesaria para leer y corregir.

Si pasamos al sonambulismo provocado, o HIPNOTISMO (1), admi-

(1) ¿Cuál es la esencia del hipnotismo? Algunos no ven en él más que «una simulación». Esta definición es *demasiado breve*. El P. Eymieu lo define: un estado segundo de conciencia en el cual el sujeto queda sometido a la ley general de la influencia de las ideas sobre los actos. Este estado segundo de conciencia es una disolución del yo, causada ya por una emoción-choque, ya por los medios suaves (pases etc.) que adormecen. (*Revue des Quest*, sc. 1910). Para Cruchet es una modificación fisiopatológica del sueño normal (*J. méd. fr.* 1911). Bernheim sostiene, sin dar el brazo a torcer, que en la hip-

raremos reproducidos en sorprendente aumento todos los fenómenos mnemónicos que hasta ahora llevamos estudiados. Y en primer lugar, durante el sueño hipnótico pueden revivir las más olvidadas escenas de nuestra vida pasada. La hipnosis es la maga que a través de un lóbrego subterráneo nos conduce al sótano donde se guardan en perfecto estado de conservación las creaciones remotas de nuestra conciencia. Bertrand refiere ejemplos sorprendentes de memoria sonambúlica. Una enferma (María) estudiada por Janet pretende estar privada de la vista del ojo izquierdo desde su nacimiento. Mas la hipnosis la hace retroceder hasta la edad de seis años, y *cuenta como si lo estuviera viendo, el modo y circunstancias* de su parcial ceguera. Y Leonia, otra enferma de Janet, *relee por alucinación* páginas enteras de un libro leído en otro tiempo. ¿No es éste un caso bien típico de la exacta fijación y fiel conservación de las huellas mnésicas?

También aquí vuelve el recuerdo de anteriores sonambulismos. Sabido es que el hipnotizado al despertar no *suele* conservar ni el más leve recuerdo de lo dicho y hecho durante el estado hipnótico. Cualquiera diría que estos hechos realizados en un estado anormal, en un plano distinto del de la personalidad ordinaria, han pasado por la conciencia como una exhalación fugaz. Así lo han creído algunos. Sin embargo, volved a hipnotizar al sujeto y os dirá al pie de la letra todo el proceso y circunstancias de sus anteriores hipnosis. «Una sonámbula que yo hipnoticé con *un año* de intervalo, encontró en el segundo sonambulismo el recuerdo de todo lo que había hecho en el primero, y me refirió pormenores que yo mismo tenía olvidados.» (JANET, *op. cit.*) Este recuerdo es mucho más interesante en las personas que tienen varios sonambulismos, ya subordinados, ya independientes. Los ensueños, sonambulismos naturales mono-ideicos y poli-ideicos, delirios, dobles existencias, crisis nerviosas, fugas histéricas, en una palabra todos aquellos fenómenos psíquicos que más adversos a la memoria parecen, todos son revelados por la hipnosis.

nosis todo se reduce a la sugestión, y que el sueño hipnótico no difiere en nada del normal. (J. f. Ps. u. Neur. XVIII, 1911). Según Grasset, que tanto ruido metió con su famoso *polígono*, desacreditado ya actualmente, la hipnosis es una emancipación del polígono (centro de la actividad subconsciente) de O (centro de actividad consciente) (Passim en sus obras). Claparède, con más acierto quizá, se contenta con mostrar la complejidad del problema, y espera, para resolverlo, que se acaben de esclarecer los datos. (J. f. Ps. u. Neur. XVIII, 1911).

¿Qué más? ¿No es considerada la catalepsia como el estado más inconsciente? Pues bien, Leonia en su tercer sonambulismo se acuerda perfectamente de los actos realizados durante ese estado.

¿Ha oído el lector hablar de la ESCRITURA AUTOMÁTICA? Mientras una histérica está en animada conversación, una persona (de ordinario el hipnotizador) se le pone a la espalda y le dirige alguna pregunta. La enferma no se da cuenta, y continúa hablando con las demás personas; pero su mano toma un lápiz y va contestando *automáticamente*. Estamos en presencia del fenómeno que llaman *duplicación de la personalidad*: hay un personaje consciente que habla y otro personaje subconsciente que escribe. ¿Queréis saber la memoria de este improvisado personaje? Preguntadle todo lo que queráis. Él os dirá lo que *el otro* tiene hace años olvidado. Una carta—dice Janet—contenía el relato aun de la infancia misma de Leonia (*Op. cit.*, pág. 322). Mientras Lucía ha olvidado sus sonambulismos naturales, sus pesadillas y sus crisis cuando está despierta, su escritura automática va a contarnos todas esas crisis.

El SUEÑO CLOROFÓRMICO presenta grandes analogías con el hipnótico. Un sujeto conozco yo que estando cloroformado habló en vascuence. Como después se lo refirieran quedó él mucho más maravillado que los otros, porque ni sabía, ni jamás había sabido tan difícil idioma.—¿Milagro?—No, hipermnesia: siendo muy niño había oído hablarlo en su casa a alguien que lo sabía.

El éter, el alcohol, el opio producen igualmente la exaltación de la memoria. ¿No conoce el vulgo por la abundancia de ideas—y de palabras—si un parroquiano de Baco está simplemente *alegre*, o calamocano, o hecho una equis, o *ancoris sublati*? Thomas de Quincey nos cuenta en sus *Confesiones de un comedor de opio* (p. 142) que bajo la acción del «justo, sutil y topoderoso opio», creía volver a vivir en una noche toda su vida pasada. Los más pequeños incidentes, las escenas de su primera infancia, completamente olvidadas, se presentaban a sus ojos vestidas de todos los pormenores ya desvanecidos.

En el DELIRIO encontraremos la misma hiperactividad de *Mnemosine*. El que sigue a la crisis epiléptica, y sobre todo a la crisis histérica conserva el recuerdo de los delirios anteriores, siendo así que en el estado normal el olvido es completo. Un enfermo comenzó una novela durante una crisis de delirio, y escribió 12 páginas. A los tres días es atacado por el mismo delirio, y escribiendo el número 13 en lo alto de una hoja de papel, continúa su novela y llega hasta la *mi-*

tad de la pág. 19. Al día siguiente la misma operación: numera la hoja con el 19 *bis* y escribe *media* página. Al otro día escribe: 19 *ter*, y acaba en la pág. 20. Al cabo de muchos días le ponen delante una hoja de papel; numera: 21, y continúa perfectamente la novela. Un niño de *cuatro años* tuvo que sufrir la trepanación. Una vez sano ya no se acordó jamás ni del accidente ni de la operación; mas he aquí que a los 15 años, presa de delirio febril, se pone a describir a su madre con exactitud la operación, las personas asistentes, sus trajes, sus acciones más menudas. Una joven de 25 años que apenas sabía hablar su propia lengua, durante unos accesos de delirio habló en latín, griego y hebreo. ¿De donde a ella tan estupenda *glossolalia*? Hecha averiguación, se supo que a los 9 años de edad había estado con un tío suyo, el cual después de comer solía pasearse cerca de la cocina leyendo en voz alta los trozos favoritos de aquellas tres lenguas. En sus libros se encontraron *ad pedem litterae* las improvisadas arengas de la enferma.

Viene también en nuestro apoyo la *ECMNÉSIA*, que se presenta en el histerismo, y es una personalidad reversiva, una vuelta a un período anterior de la vida del enfermo, que *olvidado* ya emerge súbitamente a la conciencia. Y la *excitación maniaca*, y el período de incubación de ciertas *neurosis* podrían asimismo suministrarnos algunos ejemplos de hiperumnesia.

Pero es menester pasar ya a buscar pruebas más poderosas aún, si cabe, de nuestro aserto en la *criptosiquia*, en el sombreado campo de los FENÓMENOS SUBCONSCIENTES, por el que antes ya hemos pasado. Inmenso es este campo y de mies abundantísima, aunque cultivado desde no hace muchos años; mas nosotros nos habremos de contentar con espigar acá y acullá como quien va de paso y lleva prisa (1).

Si en la mano *anestésica* (insensible) de un histérico colocáis una llave, de manera que no la vea, no sabrá ni siquiera que está tocando un objeto. Si mil veces le preguntáis qué tiene en la mano mil veces os responderá que nada. Quitadle la llave, y al día siguiente, valiéndoo de un agente estesiógeno acomodado (electricidad, inyecciones hipodérmicas de morfina, placas metálicas de Burck, etc.) devolved la sensibilidad a la mano y preguntad: ¿qué tenía usted ayer entre sus dedos? —«Unas tijeras»—os responderá sin dudar. Hemos dicho que María

(1) Al hablar de fenómenos subconscientes, no crea el lector erudito que somos partidarios de la *teoría de la subconsciencia*. Tal vez tendremos ocasión de tratar esta materia en esta misma Revista, si Dios quiere.

no ve del ojo izquierdo. Vendado, pues, el derecho, le pone Janet delante un dibujo, y retirado éste y abiertos ambos ojos le pregunta si ha visto algo. La respuesta, ya se sabe, es negativa. Algunos momentos después por la aplicación de una placa de hierro sobre la sien izquierda, recobra la sensibilidad del ojo ciego, y le dice: *¿se acuerda N. de lo que le he mostrado?*—Sí, un dibujo: un árbol y una serpiente enroscada en el tronco. Al cabo de dos días aun conserva este recuerdo. Estos ejemplos (abundan y sobran en los autores que tratan estas materias) son de grande fuerza demostrativa: ya no se trata de recordar una cosa que se creía olvidada, sino de recordar lo que nunca se ha sabido, si me es lícito expresarme así. ¿Cómo se explica ese raro fenómeno? En el ojo sano aunque insensible *al parecer* de la histérica, se ha grabado la imagen presentada; no ha faltado ningún requisito para la sensación y ésta se ha realizado. La histérica no se da cuenta, precisamente porque está distraída para todas las sensaciones de ese ojo (esta es la explicación, no improbable, que dan los psicólogos; las anestесias de los histéricos no son reales, sino *distracciones crónicas*: el enfermo, por la *reducción del campo de la conciencia* pierde el poder de atender a ciertas impresiones sensoriales y otros procesos psíquicos, y acaba por desentenderse de ellos como si no los tuviera; la anestesia histérica es una distracción continua, la distracción es una anestesia momentánea); pero la sensación, aunque no percibida por la conciencia personal del enfermo, ha dejado su residuo, su huella, la cual espera que el alma vuelva a ella su mirada luminosa para proyectar la imagen del recuerdo (1).

Esta vida latente de las huellas mnésicas a través de los años se hace manifiesta sobre todo en la SUGESTIÓN POSTHIPNÓTICA y en las ideas fijas. Sugiere-se al hipnotizado que dentro de tantos días irá a visitar a fulano. Una vez despierto, no se acuerda ni de la orden recibida, ni de las demás cosas efectuadas durante la hipnosis. Mas llega el día señalado y la visita es hecha en la forma sugestionada. «Sugiero a Leoncia que me escriba una carta a los 42 días, y a esa fecha la carta es escrita.» (2) ¿Es que el recuerdo de lo man-

(1) No es como dice Janet que las imágenes perdidas son restablecidas sino que el órgano del *sentido interno* se hace apto para ser fecundado actualmente por las imágenes impresas que tiene y nunca ha perdido.

(2) JANET, *op. cit.*, p. 325. Véase este caso que nos ha transmitido BERNHEIM, *La sugestión*, pág. 22: Era el mes de agosto de 1884, y pregunté a un sonámbulo (era un sargento retirado) durante el sueño: ¿Qué día tendrá usted libre en la primera semana de octubre? El miércoles—respondió.—Pues el primer

dado sube a la conciencia cuando llega el momento oportuno? No, porque al realizar las sugerencias posthipnóticas los sujetos creen de buena fe que siguen el impulso libre y espontáneo de su voluntad, y para dar razón de sus acciones inventan los más fútiles motivos. Sin embargo es cierto que obedecen a la sugestión; luego no sólo se ha mantenido latente todo el espacio intermedio, sino que en este mismo estado de latencia ha tenido fuerza para provocar un acto. Y ¿hasta dónde se puede extender el plazo de la sugestión? Beaunis cita un caso en que aquél fué de casi seis meses; Liegeois otro en que fué de un año. Y no cabe duda que, si la experiencia lo consintiera cómodamente, se podría alargar mucho más.

Así lo dan a entender las *ideas fijas*. Llámense así aquellas ideas que olvidadas por el personaje consciente revelan con todo su existencia por los fenómenos de que son causa cierta y evidente. Ya sabe el lector que María no ve del ojo izquierdo, o mejor dicho, cree no ver. Sabe también que en su estado ordinario ha olvidado el origen de esa ceguera histérica, pero que hipnotizada lo ha contado: fué una enfermedad contraída por una fuerte aprensión. Mas una sugestión hábilmente efectuada le hace creer que no hubo tal motivo de aprensión ni tal enfermedad, que su ojo está sano; y he aquí que recobra enteramente la vista del ojo izquierdo y la conserva en adelante. Ved una idea al parecer borrada de la memoria, y sin embargo ¡cómo ejercía continua y perseverantemente su perniciosa influencia!

Tal vez tenga aquí cabida una curiosa aventura hipnótica que nos refiere Janet. Como un día no pudiera hacerse entender de una enferma a quien había hipnotizado, le dijo a la postre: ¿pues qué le pasa a usted hoy?—No le oigo, estoy muy lejos.—¿En dónde?—En Argel, en una gran plaza; es preciso hacerme volver.—Muy fácil fué la vuelta, y cuando hubo llegado respiró desahogadamente y se puso a hablar como de costumbre.—Y ¿qué hacía usted allá?—No tengo yo la culpa, la tiene el señor X que me envió allá hace un mes, y se

miércoles de octubre irá usted a casa del doctor Liébault, y allí verá usted al Presidente de la República y recibirá usted de su mano una medalla y una pensión. El día 3 de octubre a las once menos diez minutos puso por obra la orden recibida, sin habérsele antes renovado la memoria de ella. Cf. OCHOROWICZ, *De suggestion mental*; SÁNCHEZ HERRERO, *El hipnotismo y la sugestión*; DESPINE, *Etude scientifique sur le somnambulisme*; PERRONET, *Du magnetisme animal*; NOIZET, *Mémoire sur le somnamb.*; BARRET, *Proceeding of the Society*; MERIE, *Le merveilleux et la science*.

olvidó de hacerme volver. Usted me mandaba hablar, pero yo estaba demasiado lejos y no podía oír.— El hecho se pudo verificar: otra persona había hipnotizado a esta enferma, y entre otras alucinaciones había provocado la de un viaje a Argel; y no dando importancia a estos fenómenos había despertado a la enferma sin quitarle la alucinación. Ya que estuvo despierta, desapareció, sí, aquella, sin dejar ni el más leve recuerdo consciente; pero la huella mnésica estaba allí y hubiera estado años enteros esperando el momento oportuno para producir la imagen alucinatoria con todas sus consecuencias. El mismo Janet sugiere a Leonia *subscscientemente* que haga una mueca al señor X, y la hace al punto sin sospechar siquiera su poco fino proceder. *Un año* más tarde ve de nuevo a X y con la misma inconsciencia le hace la misma mueca. No de muy distinta manera Zamama, el héroe del P. Coloma en *La cuesta del cochino* (que es al mismo tiempo un ejemplo notable de memoria mecánica), aunque, sumergido en profunda idiotez, hase olvidado hasta de sí mismo, con todo, al oír la singular palabreja, cae presa del mismo síncope que tuvo cuando en la famosa cuesta vió la espantable figura de la muerte. ¿Por qué sino porque aquel terrible recuerdo aparentemente aniquilado más que por el tiempo por la enfermedad, está vivo aún y tenazmente adherido a la memoria después de tantísimos años?

Un individuo sin que sepamos por qué nos es simpático o antipático. La causa muchas veces no es otra que una *sinestesia* o asociación inconsciente, una idea fija, digámoslo así que irradia su influjo desde la subconciencia. Tal vez en nuestra infancia un sujeto de tal fisonomía nos hizo pasar un mal rato, y asociamos la idea o el sentimiento de desagrado a tal fisonomía. Por eso ahora al ver un individuo parecido se nos hace antipático, porque aquella asociación, aunque olvidada, persiste.

La *parálisis*, la *contracción* de los miembros (en los histéricos) ya sean espontáneas, ya sugeridas, no obedecen en ninguna manera a la destrucción de las imágenes motrices. Estas perseveran a pesar de todas las apariencias en contra, y para cerciorarse de ello basta dirigirse al personaje subsciente.

Y el *espiritismo* ¿no podrá aportar alguna comprobación a nuestra tesis? Muchas, y no menos convincentes. Prescindamos ahora de una intervención siempre posible de agentes suprasensibles y ultraterrenos (en ninguna manera según la entienden los espiritistas); actualmente no se puede dudar de que muchos de los fenómenos ocul-

tistas tienen explicación natural y científica; entre ellos se cuentan cabalmente los que reconocen como causa la persistencia tenaz de las imágenes rememorativas sacadas de las profundidades subliminales en los momentos de hiperactividad subconsciente de la memoria. Cuando el médium habla lenguas que ignora en su estado normal, repite el fenómeno que vimos de la joven delirante poliglota. Las revelaciones que nos hace de ultratumba son reminiscencias, estupendas, sí, pero reminiscencias al fin y al cabo, de sus lecturas y conversaciones. *Elena Smith*, el famoso médium tan bien estudiado por Flournoy primero y Lemaitre después, visitada por espíritus habitantes de Marte y otros planetas, inventa en sus trances mediúnicos uno, dos y tres idiomas que con la mayor buena fe cree ser de los habitantes de dichos planetas. Flournoy y sobre todo V. Henry han demostrado que los pretendidos idiomas no son más que o un disfraz grosero del francés que es la lengua ordinaria del médium, o un amasijo informe de otras lenguas por ella más o menos conocidas; pero lo que queda en pie es lo que hace a nuestro propósito; porque esos idiomas ultraterrestres son al fin y al cabo verdaderos idiomas, y su formación—así como la de todas las novelas y personificaciones de los mediums,—supone una memoria descomunal, requiere la facultad de disponer despóticamente de los recuerdos almacenados en la memoria en el transcurso de los años. «Lo que resulta cierto y claro—dice Jules Bois—es la extraña facultad del médium para recoger... esos residuos de la memoria ancestral, las *migajas de los muertos*.» Mrs. Piper, célebre médium americano, escribía con las dos manos y hablaba simultáneamente, expresando por la boca las revelaciones de un espíritu, y con las dos manos las de otros dos.

Un espiritismo casero podríamos decir que es la *cristalomanía* o adivinación por medio del cristal. El *cristalomanta*, en virtud de las circunstancias físicas y psicológicas de que se rodea, cuando envuelto en misteriosa sombra, fijos los ojos en la bola de cristal, reconcentra toda su actividad anímica en un solo punto esperando ver una escena, un suceso, una figura en aquel pequeño globo terráqueo que sostiene con su mano: suprime en cierta manera la conciencia personal, se autosugestiona, suelta la rienda a las imágenes subconscientes, las cuales, libres del examen de la atenta reflexión que las mantenía en su humilde categoría de imágenes, se convierten en sensaciones falsas, esto es, en alucinaciones. Entre estas imágenes alucinatorias hay algunas o enteramente olvidadas o que nunca han sido

conscientemente conocidas, y cuando se presentan «sorprenden, pasan por maravillosas o adivinatorias, porque revelan al sujeto cosas que él creía no saber y que se hallaban almacenadas en la memoria inconsciente del *polígono* (1).» Algunos casos de *telepatía* ¿no podrían tener también una explicación parecida?

Finalmente en las experiencias del *cumberlandismo* (lectura o adivinación del pensamiento) el que adivina el número, el lugar donde está escondido el objeto etc., no se da cuenta de las impulsiones del que le toca, el cual a su vez las hace inconscientemente. A veces el dirigido se pierde, para, duda, no sabe qué hacer; y sin embargo hipnotizado os dirá no sólo que recibía impulsiones del que le dirigía, sino qué clase de impulsiones y qué es lo que se le quería hacer realizar. También, pues, aquí hechos, sensaciones microscópicas y a la par inconsciente son diligentemente recogidas y amorosamente guardadas por la memoria. ¿Puede darse mayor fidelidad? (2)

Es preciso terminar por hoy, y por eso dejamos los argumentos que se podrían sacar de las experiencias de las *mesas giratorias*, la *varita mágica* y el *péndulo explorador*, fenómenos que monopolizados ayer por el ocultismo han sido hoy arrebatados legítimamente por la ciencia, y puestos en el mercado público a bajo precio para el servicio de quienes los quieran utilizar.

PERFECTO CUCART.

(1) GRASSET, *El ocultismo ayer y hoy*, p. 126.

(2) Lo más maravilloso de esta experiencia es que puede tener buen resultado aun con los animales brutos. Así el famoso caballo Hans que con otros sus congéneres tanto dió que hacer y decir a los psicólogos, ejecutaba difícilísimas operaciones aritméticas y respondía a preguntas sobre los negocios más sencillos de la vida, gracias a las señales *inconscientes* que su dueño Von Hosten le trasmitía. Oscar Pfungst, psicólogo de Berlín ideó un ingenioso aparato, merced al cual quedaban registrados y amplificados sobre un cilindro los movimientos imperceptibles del que proponía las preguntas al caballo.

(Cf. *Annales des sciences psychiques*, 1904 pág. 384; 1907 pág. 145.— Grasset, *El ocultismo ayer y hoy* p. 109.)